

¡SEA LA AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD!: EL AMERICANISMO UNIVERSALISTA DE JOSÉ MARTÍ¹

*Eugênio Rezende de Carvalho**

RESUMEN: En este breve ensayo nos proponemos presentar las bases del americanismo en la obra del escritor e intelectual cubano José Martí (1853-1895), con el propósito de identificar la dimensión y sentido de su idea de América. Para ello investigamos los principios básicos que modelaron su visión del mundo y del ser humano, como paso preliminar al estudio de su visión de América y a la identificación de los criterios demarcadores del campo de identidad creado por él. Asimismo, buscamos analizar cómo el peculiar americanismo martiano ha conciliado las demandas de una identidad regional para el campo hispanoamericano con determinados valores universales.

PALABRAS CLAVE: José Martí, Americanismo, Identidad latinoamericana.

ABSTRACT: This work intends to present the foundation of the Americanism of the Cuban writer and intellectual José Martí (1853-1895), with the intention of identifying the scope and sense of his idea of America. We intend to analyze the basic steps that composed his world and human vision, as a preliminary step to the study of his vision of America and the identification of the criterion of the concept of identity created by him. It is also intended to investigate how this José Martí's peculiar Americanism reconciled the demands of a regional identity, on the Hispanic-American field, with certain values of universal character.

KEY WORDS: José Martí, Americanism, Latin-American identity.

LAS BASES DE LA VISIÓN DEL MUNDO DE JOSÉ MARTÍ

El americanismo que se desprende de la obra de uno de los intelectuales hispanoamericanos más universales de la segunda mitad del siglo

¹ Este texto es el fruto de unas reflexiones que surgieron en la etapa de clausura del libro del autor, publicado en Brasil con el título *América para a Humanidade: o americanismo universalista de José Martí*, Goiania, Editora UFG, 2003, 269 pp.

* Universidad de Brasília (erezende@fchf.uchf.br).

XIX, el cubano José Julián Martí y Pérez (1853-1895), estuvo en gran parte determinado por una peculiar visión del mundo y del ser humano, tal como se evidencia en toda su obra. Tres principios básicos constituyeron la base de su cosmovisión: la “unidad”, la “analogía” y la “armonía universal”.

En primer lugar Martí concibió el universo como la gran síntesis unitaria, origen y fin de todas las cosas, estableció una jerarquía entre la dimensión de la “esencia” eterna, una e invariable —identificada con la idea de un Ser o Espíritu Absoluto y Universal— y la dimensión de lo múltiple y diverso, lo fragmentario y accidental, lo peculiar y finito, donde se encontraban los seres humanos. Así, en 1882, Martí declaró: “Para mí, la palabra Universo explica el Universo: *Versus uni*: lo vario en lo uno”.² Y en otra oportunidad afirmó: “de lo uno sale en todo lo múltiple, y lo múltiple se refunde y se simplifica en todo en lo uno”.³

Pero había algo en el ámbito de las accidentalidades que era invariable, que pertenecía al plano de las esencias, representado en general por los conceptos de “alma” o “espíritu”. Esa parcela de invariabilidad explica cómo su visión del mundo admitió una relación de “analogía” entre todos los seres, esferas y fenómenos del universo: “Todo es análogo en la tierra, y cada orden existente tiene relación con otro orden”.⁴ Como consecuencia de dicho principio de analogía, Martí adoptó el presupuesto de que el universo se guiaba por determinadas leyes —físicas y morales— de carácter y validez universales: “Igual es el universo moral al universo material. Lo que es ley en el curso de un astro por el espacio, es ley en el desenvolvimiento de una idea por el cerebro”.⁵ Y aún más, definió la armonía como el principio regulador de las relaciones entre los diversos órdenes e instancias del

² José Martí, *Obras Completas*, 27 t., 2ª ed., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, vol. 21, p. 255.

³ *Ibid.*, vol. 21, p. 52.

⁴ *Ibid.*, vol. 14, p. 20.

⁵ *Ibid.*, vol. 10, p. 197.

universo: “La armonía fue la ley del nacimiento, y será perpetuamente la bella y lógica ley de relación.”⁶

Otro aspecto muy importante fue su consideración de una dinámica universal concretizada por un doble movimiento de “descenso” y “ascenso”: el primero, al partir de la unidad en dirección a lo múltiple y el segundo, inversamente, de lo diverso a la síntesis integradora originaria. “Todo, ascendiendo, se generaliza. —Todo, descendiendo, se hace múltiple. Reducir, concretar, es ascender”.⁷ De la suma de los movimientos de “descenso” y “ascenso” resultaría un proceso o tendencia general de desplazamiento del *caos*, de la imperfección, hacia la “armonía”, a la perfectibilidad. “Va todo andando y creciendo, de arroyo a río, de río a mar, de madre a hijo, de arbusto a árbol, de niño a hombre, de imperfección a perfección[...].”⁸

Coherente con tales principios y a raíz de ellos, se ha evidenciado en la obra de Martí una singular concepción del “hombre” y de la “naturaleza”. Por una parte, la naturaleza —presentándose como sinónimo de universo y vista desde una perspectiva romántica— fue idealizada paradigmáticamente en su perfectibilidad a partir de argumentos metafísicos, siendo transformada en una referencia moral de justicia y armonía para los seres humanos.

[...]la Naturaleza es el rayo de luz que penetra las nubes y se hace arco iris; el espíritu humano que se acerca y eleva con las [...] nubes del alma, y se hace bienaventurado. Naturaleza es todo lo que existe, en toda forma, —espíritus y cuerpos [...] El misterioso mundo íntimo, el maravilloso mundo externo, cuanto es, deforme o luminoso y oscuro, cercano o lejano, vasto o raquítico, licuoso o terroso, regular todo [...] es Naturaleza.⁹

⁶ *Ibid.*, vol. 14, p. 20.

⁷ *Ibid.*, vol. 19, p. 441.

⁸ *Ibid.*, vol. 6, p. 225.

⁹ *Ibid.*, vol. 19, p. 364.

Por otra parte, el hombre —individual o colectivamente considerado—, como parte de la naturaleza, se presentaba como un ser dual: llevaba consigo algo de la esencia creadora, perfecta e infinita —el “alma” humana— y, simultáneamente, una serie de imperfecciones y limitaciones que lo situaban jerárquicamente en un nivel inferior al de la naturaleza, por pertenecer al plano de la accidentalidad y de la relatividad. “Una personalidad briosa e impotente, libérrima y esclava, nobilísima y miserable, —divina y humanísima, delicada y grosera, noche y luz. Esto soy yo. Esto es cada alma. Esto es cada hombre”.¹⁰ El sentido primordial de la vida era la elevación, la ascensión del ser humano al nivel de la naturaleza, por medio de un movimiento que sería presidido por criterios éticos y morales.

Tales principios cosmológicos configuraron incluso una peculiar visión martiana del proceso histórico. Al presentar la historia como la lucha entre lo racional y lo irracional, Martí definió como racional todo lo que contribuyera o que concordara con el movimiento ascensional hacia la armonía y la perfectibilidad de la naturaleza. Al tratar de la conflictiva relación entre hombre y naturaleza, partió así del principio de una tendencia evolutiva general, asociada a la idea de “progreso”, en el sentido de la solución de dicha relación conflictiva y de la afirmación final de la razón. Obedeciendo a tal criterio, la historia humana se resumía, en términos martianos, en la trayectoria del “hombre-fiera” al “hombre-hombre” u “hombre-ala”. Escribiendo en 1882, Martí declaraba: “Los tiempos no son más que esto: el tránsito del hombre-fiera al hombre-hombre”.¹¹ De esta forma, el mundo progresaba de lo caótico y lo aleatorio hacia la armonía y al orden. Sin embargo, tal dinámica no se concretizaba por medio de movimientos idénticos —en su sincronía— en las diversas regiones de la tierra, y sí por movimientos paralelos que, aunque fuesen análogos, obedecían a distintos ritmos.

¹⁰ *Ibid.*, vol. 21, p. 68.

¹¹ *Ibid.*, vol. 9, p. 255.

PRINCIPIOS COMPLEMENTARIOS DE LA COSMOVISIÓN MARTIANA

Otros principios complementarios —y no por eso menos importantes— compusieron la cosmovisión martiana y estuvieron íntimamente vinculados a su americanismo. Martí ubicó la libertad en el plano de las esencias universales y la asoció con todo lo que fuera vital, natural y esencial a lo humano: “Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la Libertad, como viven en el goce del aire y de la luz”.¹² Definió la libertad como la “esencia de la vida” y “religión definitiva”.

A su vez, consideró que cualquier factor inhibidor o limitador de la libertad era antinatural, obra del irracional, un obstáculo a la ascensión del ser humano hacia el ser absoluto. La libertad era el instrumento que ampliaba la visión del mundo y confería un mayor sentido a la obra universal, constituyéndose en uno de los criterios fundamentales para la definición de su campo de identidad americana. El único factor limitador posible, y aún necesario a la libertad era la “conciencia”, sobre todo la “conciencia del deber”: “El libre albedrío está sobre la ley de progreso fatal: la voluntad es la ley del hombre: la conciencia es la penalidad que la completa”.¹³

Dicha conciencia tenía la función de garantizar el seguro y juicioso ejercicio de la “voluntad”, controlándola con el fin de asegurar la efectiva libertad entre los seres humanos. La conciencia, como auto-conocimiento, como “ciudadanía del universo”, según Martí, permitía al hombre una posición de protagonismo en su relación con la naturaleza, al orientar las acciones humanas de acuerdo con determinados deberes morales.

La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no supieron de sí. La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza, y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal

¹² *Ibid.*, vol. 8, p. 288.

¹³ *Ibid.*, vol. 6, p. 286.

que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo.¹⁴

Así, el “conocimiento” era el requisito previo para la conciencia: el hombre se conocía a sí mismo por el conocimiento de la naturaleza de la que formaba parte. Ante la imperfección de la vida, el conocimiento era el instrumento del que se servía el ser humano para vislumbrar las armonías de las leyes que regían la naturaleza y extraer de ellas las soluciones a sus problemas. O sea, era necesario estudiar las fuerzas de la naturaleza y aprender a manejarlas y aplicarlas en beneficio de la humanidad. Martí tendía incluso a execrar en el ámbito de la existencia humana todo lo que fuera “artificial” y, en contrapartida, enfatizar todo lo que fuera “natural”. Para Martí las convenciones sociales creadas deformaban la existencia verdadera y natural de los hombres, que necesitaba revelarse con el fomento de la “autenticidad”: “Sólo lo genuino es fructífero. Sólo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado”.¹⁵

Era preciso, pues, para Martí, conocer América más allá de las apariencias y de las máscaras que le imputaban algunas lecturas o interpretaciones artificiales y equivocadas, con el fin de revelar su propia naturaleza, su propia esencia. Así, la preservación de tal originalidad en términos martianos era un camino hacia la universalidad: “El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo”.¹⁶

En suma, a raíz de la coherencia que mantuvo con su peculiar visión del mundo y del ser humano, el americanismo de José Martí asumió un tono nítidamente universalista. El gran espíritu universal tenía un rostro particular en cada continente, de manera que las sociedades humanas —como parte de la diversidad y accidentalidad del universo— conllevaban determinados elementos de la esencia universal, sin fundirse totalmente con ella, permitiendo así el surgimiento de ciertas parti-

¹⁴ *Ibid.*, vol. 8, p. 289.

¹⁵ *Ibid.*, vol. 7, p. 230.

¹⁶ *Ibid.*, vol. 20, p. 147.

cularidades y, por tanto, diferencias. En ese sentido, la *nuestra América* martiana se insertaba en el ámbito de lo “accidental”, peculiar y finito, pero, como todos los elementos del universo, llevaba en sí algo de “esencia”, de universal.

LA ÉTICA HUMANISTA DE JOSÉ MARTÍ

Por consiguiente, en la base del americanismo martiano, confiriéndole un contenido universal, estaba, seguramente, su “ética humanista”. Las virtudes morales constituían, por lo tanto, la parte de la esencia, la parcela universal del americanismo martiano. Para que el hombre viviera en armonía con la naturaleza —uno de los fines últimos de la existencia— era preciso que la conducta humana fuera guiada por el bien y por el amor, superando la accidentalidad de la maldad, del odio y del egoísmo humano.

José Martí se dedicó a rescatar determinados valores humanos invariables y universales que se situaban sobre todas las particularidades típicas de una realidad americana fragmentada y contradictoria, formando una nueva pauta de convivencia. Pero la simple definición y aceptación de un referencial ético no suponía, necesariamente, un compromiso práctico, una obligación o deber para con tales principios. El hombre, para Martí, era, por encima de todo, un “instrumento del deber”.¹⁷ Por ello, el deber era tanto un valor en sí como un elemento que imponía un sentido práctico a los demás principios éticos. “El deber del hombre virtuoso no está sólo en el egoísmo de cultivar la virtud en sí, sino que falta a su deber el que descansa mientras la virtud no haya triunfado entre los hombres”.¹⁸

La ética de Martí valoraba el dolor y el sufrimiento por su efecto concientizador sobre el sentido absoluto de la existencia: “la desgracia

¹⁷ *Ibid.*, vol. 6, p. 198.

¹⁸ *Ibid.*, vol. 2, p. 24.

es necesaria y reparadora, por cuanto despierta en los corazones que la presencian nobles impulsos de aliviarla”.¹⁹ Y en otro momento afirmó: “Sufre el leño su muerte, e ilumina; y ¿más cobarde que un leño, será un hombre?”²⁰

Su eticismo situó el bien y el amor como principios fundamentales reguladores de la conducta humana, tanto en el nivel individual como social, revelando el altruismo y la renuncia en favor del prójimo: “Desinterés absoluto, y prescindencia de sí. No traer a sí el mundo, sino darse al mundo, verlo mayor, y contentarse con ser parte de él.”²¹ En ese sentido, las virtudes —sobre todo en el orden moral— eran así concebidas como una propensión a la realización del bien y como vía para la aproximación —o fusión— del hombre con la esfera de las esencias universales: “La naturaleza, enseña modestia: —luego de conocerla, la virtud es fácil[...].”²²

En general, la ética martiana se revistió de un arraigado sentido humanista y/o humanitario, en la medida en que situó, condicionó y mensuró los valores en su relación de utilidad para la humanidad: “Por su utilidad para los demás, se mide a los hombres”.²³ El hombre, mejor dicho, la humanidad, fue así, para Martí, la medida de todas las cosas. Su ética humanista fue tanto un elemento de diferenciación de otras perspectivas americanistas como un elemento de universalización de su propuesta de identidad americana.

LA IDEA MARTIANA DE PATRIA

La originalidad de sus conceptos de “patria” y “humanidad” permitió a Martí conciliar determinados criterios de universalidad con una perspec-

¹⁹ *Ibid.*, vol. 13, p. 199.

²⁰ *Ibid.*, vol. 6, p. 369.

²¹ *Ibid.*, vol. 21, p. 402.

²² *Ibid.*, vol. 8, p. 433.

²³ *Ibid.*, vol. 12, p. 473.

tiva de identidad regional. Tal originalidad residió en el esfuerzo por adecuar el valor patrio a la condición humana en general, vinculando lo particular a lo universal, en su definición de patria como “humanidad”, “es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer”,²⁴ o en su definición de patria como comunidad de intereses, “unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas”.²⁵

En ese sentido, ambos conceptos, patria y humanidad, se complementan. El pensador cubano simplemente extendió al ámbito continental el mismo conjunto de principios que formaban la base de su concepto de patria. Su discurso asumió, de esa forma, un nítido contenido supranacional, es decir, en su proyecto de atribución de una identidad americana se reconocía la existencia de una patria más allá de las fronteras impuestas por los estados nacionales del subcontinente hispanoamericano. Igual que su patriotismo, su americanismo se apoyó en la conciencia del imperativo de avanzar en el camino de un nuevo orden social para América, sostenido por determinados principios morales. Ubicado entre un nacionalismo extremado, de tono regionalista, y un cosmopolitismo sin raíces, el patriotismo martiano se mantuvo coherente con su visión del mundo y de la humanidad, como un factor de “conciencia moral”, como “la levadura mejor [...] de todas las virtudes humanas”.²⁶ Como deber de humanidad y personificación del bien común, la patria simbolizó para el intelectual cubano el medio privilegiado de materialización de su ideal ético humanista.

EL DIAGNÓSTICO MARTIANO DE LA REALIDAD AMERICANA

El americanismo de José Martí se apoyó todavía en un determinado diagnóstico del presente y del pasado de América, que fue un impor-

²⁴ *Ibid.*, vol. 5, p. 468.

²⁵ *Ibid.*, vol. 1, p. 93.

²⁶ *Ibid.*, vol. 21, p. 337.

tante factor de diferenciación en relación a otros proyectos de identidad continental. Glorificar la época precolombina, condenar el episodio de la conquista y colonización europea²⁷ y, por fin, resaltar el pasado reciente —de la posindependencia— en el cual Hispanoamérica renacía para la libertad y buscaba ocupar una posición de “protagonismo” en el curso de la historia universal:²⁸ éstas fueron las claves de su visión de la historia americana.

Sin embargo, Martí creía que el fardo de la herencia colonial era muy pesado y que la Hispanoamérica de su época padecía de muchos “males de origen”, de “orígenes confusos y manchados de sangre.”²⁹ Con todo, las causas atribuidas a la enfermedad no estaban vinculadas a factores étnicos o raciales, tal como propusieron otros americanismos de su época. Para Martí, las causas eran, fundamentalmente, de contenido moral y de naturaleza histórica y, no siendo congénitas, eran, por tanto, plenamente curables.

América, gigante fiero, cubierto con harapos de todas las banderas que con los gérmenes de sus colores han intoxicado su sangre, va arrancándose sus vestiduras, va desligándose de estos residuos inamalgamables, va sacudiendo la opresión moral que distintas dominaciones han dejado en ella, va redimiéndose de su confusión y del servilismo de las doctrinas importadas, y vive propia vida, y ora vacilante, firme luego, siempre combatida, estorbada y envidiada, camina hacia sí misma, se crea instituciones originales, reforma y acomoda las extrañas, pone su cerebro sobre su corazón, y contando sus heridas, calcula sobre ellas la manera de ejercitar la libertad.³⁰

Sin embargo, para garantizar la efectiva recuperación y cura, y así poderse vislumbrar un futuro grandioso para *nuestra América*, era preciso vencer toda una ola de ofensas, calumnias y preconceptos racistas

²⁷ *Ibid.*, vol. 8, p. 335.

²⁸ *Ibid.*, vol. 7, p. 285.

²⁹ *Ibid.*, vol. 6, p. 136.

³⁰ *Ibid.*, vol. 7, p. 348.

de la que era víctima y que afectaba la autoestima, la honra y la dignidad de los diversos estratos étnicos y culturales que formaban los pueblos hispanoamericanos: “A cada defecto, justo en apariencia, que se nos eche en cara, la explicación histórica que lo excusa, y la prueba de la capacidad de remediarlo”.³¹

Por ello, Martí enalteció lo que llamó de desdeñada y virtuosa “raza hispanoamericana”, mestiza por excelencia, liberando al mismo tiempo el concepto de raza de los límites impuestos por los criterios biológicos: “El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomite y propague la oposición y el odio de las razas”.³² Su americanismo se desarrolló así frente a la imagen de una *nuestra América* enferma, difamada y desdeñada, con la cual se identificó y quiso rescatar y revelar.

Por fin, el diagnóstico martiano de América se completaba con su peculiar visión de Estados Unidos de América del Norte. Su estudio y experiencia directa con la realidad estadounidense le posibilitaron la conciencia de que había, efectivamente, una “otra” América, distinta en sus orígenes, formación histórica, carácter y valores morales. Ejerciendo una crítica de aquella sociedad a partir de su referencial ético y moral, el americanismo martiano se basó en la negación de Estados Unidos en cuanto paradigma sociocultural a ser emulado por todo el continente, y buscó ofrecer una alternativa a tal modelo.

¿Qué espíritu perdurará en la civilización norteamericana: el puritano, la afirmación más sesuda y trascendental del derecho humano, o el cartaginés de conquista y el mercenario de lucro que la contemplación del enorme poder nacional, el aislamiento de la vida de los individuos, y la accesión incesante de inmigrantes desaforados fomenta?³³

³¹ *Ibid.*, vol. 7, p. 139.

³² *Ibid.*, vol. 6, p. 22.

³³ *Ibid.*, vol. 10, p. 262.

En cuanto a Hispanoamérica, el diagnóstico de Martí fue el de una realidad caótica, fragmentada y conflictiva, que, en su esfuerzo por atribuirle una identidad, el discurso martiano buscó ordenar y unir.

¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? [...] ¡Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de mi América! [...] Puesto que la desunión fue nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida?³⁴

Sin embargo, más importante que las unidades políticas y formales en el ámbito del continente americano era la unidad de “alma y espíritu”, una unidad en torno a los valores universales, que respetase las diferencias, según él, útiles a la libertad. Martí veía esa alma o “espíritu nuevo” como una especie de parcela del “gran espíritu universal”, que tenía “una faz particular en cada continente”.³⁵

En su ejercicio ordenador, Martí buscó identificar y sobreponer los elementos de unión a los de fragmentación, puso de relieve, sobre la apariencia caótica, la esencia unitaria y armónica de *nuestra América*. Por consiguiente era necesario que un principio espiritual se transformara en el lastro fundamental del sentimiento de pertenencia o de comunidad en el ámbito del subcontinente, compartido por aquellos que se identificaban con el “alma americana”, que congregaba a todos en la realización de la gran misión universal, del gran deber de humanidad: “Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal nación espiritual, se amarán luego”.³⁶ Al recurrir a la imagen de “familia hispano-americana”, Martí resaltó un sentimiento de comunidad, buscando un argumento básico que sostuviera la idea de una patria mayor: la Madre América.

³⁴ *Ibid.*, vol. 7, p. 118.

³⁵ *Ibid.*, vol. 7, p. 98.

³⁶ *Ibid.*, vol. 8, pp. 318 y 319.

HACIA UNA IDENTIDAD *NUESTRAMERICANA*

Más allá de los factores geográficos, históricos, culturales, étnicos y lingüísticos, que tradicionalmente fijan las fronteras delimitadoras de un campo de identidad, Martí sobrepuso los valores morales. La virtud, o su referencial ético en general, fue precisamente el criterio fundamental fijador y seleccionador de los elementos incluidos o excluidos del campo de identidad americano que Martí construyó. Eso se debió a la formación y a las opciones filosóficas de Martí que, desde muy joven, abrazó la tesis de que el cultivo de las virtudes, la rectitud en la moral y en las costumbres, era el único camino para que el hombre vislumbrara una vida armónica con la naturaleza —sentido clave, para él, de la existencia humana.

Tanto es verdad que la principal exclusión de su campo de identidad —la “otra” América— se debió exactamente a criterios de orden ético. Para Martí, la sociedad estadounidense estaba en proceso de degeneración moral o, en la mejor de las hipótesis, tendía a una visión limitada en relación a determinados valores y virtudes.

Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!³⁷

Tales valores y virtudes eran bien aceptados en el ámbito de las fronteras nacionales, pero negados fuera de ellas —o aun negados internamente para determinados estratos sociales menos afortunados y/o discriminados. El americanismo martiano se consolidó, sobre todo, en su relación de diferenciación de un otro proyecto de identidad continental, condensado en la idea del panamericanismo y en la propuesta de extender al ámbito continental los valores y el modo de vida estadounidense. Paralelamente a la afirmación de lo que se “quería ser” estaría

³⁷ *Ibid.*, vol. 21, pp. 15 y 16.

la certeza de lo que “no se quería ser”. Fue, fundamentalmente, por la creciente conciencia de una “otra” América, distinta en su origen e historia, costumbres y valores, cada vez más distante de los ideales martianos de sociedad, que ganaba más sentido y fuerza la expresión *nuestra América*. Por eso, Martí veía el continente americano dividido por distintos proyectos de futuro, por diversos sentidos de americanismo, reivindicados por una y otra sección de América.

En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza, y de cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que con el decoro firme y la sagaz independencia no es imposible, y es útil, ser amigo.³⁸

Otro aspecto a destacar es la propuesta martiana de identidad americana que adquirió mayor vigor e intensidad como un proyecto de futuro, no basándose exclusivamente ni privilegiadamente en elementos anclados en el pasado. La visión martiana de la América real y concreta fue marcada y determinada por la América con la cual siempre soñó, pero que todavía no existía. En ese sentido, la relación entre las dimensiones de lo real y de lo utópico en Martí hizo que, a veces, el “deber-ser” martiano asumiera el lugar de la realidad, mezclándose con ella. Por ejemplo, en un artículo de 1875, preguntaba: “¿Somos los que debiéramos ser?” Y a continuación afirmaba que lo importante no era tanto el “ser de hoy” sino el “deber ser que nos mejorará”.³⁹

Y así, acabaron predominando en el americanismo martiano las fuerzas de transformación sobre las fuerzas de conservación. Las premisas básicas que deberían guiar el futuro del continente fueron fieles a la ética humanista de José Martí.

³⁸ *Ibid.*, vol. 8, p. 35.

³⁹ *Ibid.*, vol. 6, p. 327.

¿Qué va a ser América: Roma o América, César o Espartaco? [...] ¡Abajo el Cesarismo americano! ¡Las tierras de habla española son las que han de salvar en América la libertad! Las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en los Andes.⁴⁰

Al proponer un “americanismo hospitalario” en sustitución de un “americanismo cesáreo y conquistador”, representado por la perspectiva panamericanista, Martí pensaba en un campo de identidad “abierto” al mundo, “interesado” por el mundo, por los ejemplos útiles de las conquistas universales de la mente humana. Martí admitió que, con cierto criterio, todas las raíces e injertos eran bienvenidos, con tal que no se olvidase el tronco común americano, bien como la especificidad de sus frutos y flores en el gran jardín universal.

Si acaso había algún tipo de incongruencia entre la América soñada por Martí y la realidad presente, fragmentaria y conflictiva, imperfecta y contradictoria, el punto de partida continuaba siendo la realidad presente, que exigía ser transformada y depurada, pero no renegada. Afirmar una identidad americana e integrar la gran marcha universal en una posición de protagonismo no debería implicar una negación de los propios orígenes, de la propia historia, del propio pasado, por más doloroso, desdichado y cruento que éste pudiera haber sido.

Mucho menos implicaba negar las potencialidades de un conjunto heterogéneo de pueblos que tenían mucho que contribuir, según Martí, con el aporte de sus virtudes y valores propios, con la riqueza y la diversidad del gran banquete universal de los pueblos. Para el pensador cubano, el verdadero americanismo sería aquel que lograrse rendirse al imperativo del humanismo y de las virtudes,⁴¹ los verdaderos cimientos de la América nueva. Y así, la utopía martiana se resumía con esas pa-

⁴⁰ *Ibid.*, vol. 19, pp. 21 y 22.

⁴¹ En un artículo para *Patria*, de Nueva York, de 1893, escribía: “Hay que crear un pueblo nuevo, sobre la ruina moral de la colonia, con las virtudes desenvueltas en el esfuerzo continuo por echarla abajo. Hay que crear un pueblo: y hay virtudes con que crearlo”. *Ibid.*, vol. 2, p. 471.

labras e imágenes con las cuales concluyó su famoso ensayo titulado *Nuestra América*:

¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!⁴²

En definitiva, coherente con su peculiar visión del mundo y del ser humano, de la naturaleza y de la historia y, sobre todo, con su axiología, el americanismo de José Martí asumió un tono universalista por la vía del humanismo. Un americanismo que logró conciliar, por tanto, una perspectiva de identidad regional americana con determinados criterios de universalidad. Un americanismo que buscó un punto de equilibrio entre la individualidad de cada nación y su integración en una totalidad “nuestramericana”, o, en otro nivel, entre una individualidad “nuestramericana” y una totalidad universal. En ese sentido, su ética humanista se constituyó, simultáneamente, en el factor diferenciador y universalizador de su americanismo. Las virtudes morales acabaron convirtiéndose en el criterio fundamental demarcador de los límites y fronteras de *nuestra América*, al determinar las inclusiones y exclusiones del campo de identidad americana por él reivindicado como una proyección de futuro.

CONSIDERACIONES FINALES

Durante los debates de la Conferencia Americana de Washington (1889-1890), el representante de Argentina, Roque Sáenz Peña, que acabara de ser nombrado ministro de las relaciones exteriores de su país —refiriéndose implícitamente a las reinterpretaciones de la Doctrina Monroe, formuladas por el entonces secretario de Estado estadounidense, James

⁴² *Ibid.*, vol. 6, p. 23.

Blaine— finalizó uno de sus discursos con la siguiente frase: “¡Sea la América para la humanidad!” Martí relató este hecho en varias ocasiones. En una crónica para el periódico porteño *La Nación*, en marzo del 1890, definió dicha frase como un verdadero “estandarte” y describió su gran receptividad entre los delegados de nuestra América presentes en la Conferencia. En una carta al amigo Gonzalo de Quezada, en noviembre del 1889, Martí declaró:

El tiempo me falta; pero no para releer el excelente discurso de Sáenz Peña que acaba con una declaración admirable, que he de poner una y otra vez donde todo el mundo la vea y le he de dar la forma que merece. [...] qué verdad es que ya están echados los cimientos de lo que yo llamo América nueva!⁴³

Dichas frases parecen contener una fuerza simbólica muy expresiva, al representar y aclarar precisamente lo que consideramos aquí la esencia del americanismo martiano, cuyas bases buscamos revelar a lo largo de este ensayo. ¿Qué significaría, efectivamente, para Martí, dar una “forma merecida” a la “admirable declaración”, y ponerla bien alto, como un “estandarte”, visible a todo el mundo? ¿Por qué el pensador cubano se identificó tanto, incluso emocionalmente, como demuestran tantas referencias martianas, con ese lema de la “América para la humanidad”? ¿Estaría la recepción y comprensión martiana de tal divisa limitada a una mera cuestión de política continental? ¿Cuál sería la interpretación martiana, en ese caso, a la palabra humanidad, así como de la preposición “para”?

Hay que destacar la posibilidad de que la palabra “humanidad” incorpore por lo menos dos sentidos distintos. Por una parte, puede referirse a una mera totalidad o agrupación de elementos humanos, en otras palabras, al conjunto de todos los seres humanos. Sin embargo, por otra parte, hemos visto anteriormente que la concepción martiana de huma-

⁴³ *Ibid.*, vol. 6, pp. 124 y 125.

nidad estaba vinculada a un sentimiento de comunidad o a un espíritu de comunión. En esta acepción, el término “humanidad” denotaría más bien “fraternidad” o “benevolencia”, asumiendo, por tanto, un sentido eminentemente moral. ¿Fueron esas posibilidades del sentido de “humanidad” que tanto atrajeron y llamaron la atención de Martí por la frase de Sáenz Peña? La preposición “para” también nos sugiere algunas interpretaciones sutilmente distintas. Podría indicar un simple rumbo: América en la dirección de la humanidad, como un fin, objetivo final de un movimiento en el sentido América-humanidad. Por otro lado, podría significar un obsequio, una entrega: América ofreciéndose a la humanidad, abierta a ella, denotando un movimiento en el sentido inverso humanidad-América. Sea cual sea, tales movimientos sintetizaban las relaciones establecidas por Martí entre una entidad particular, América, y otra universal, representada por su ideal de humanidad. La meta clave de este estudio fue precisamente demostrar esa interrelación que imprimió un sentido peculiar al americanismo de José Martí.

BIBLIOGRAFÍA

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1977-1997 (16 vols.).

ANUARIO MARTIANO, La Habana, Sala Martí de la Biblioteca Nacional de Cuba, 1969-1977 (6 vols.).

MARTÍ, JOSÉ, *Obras Completas*, 27 t., 2ª ed., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.